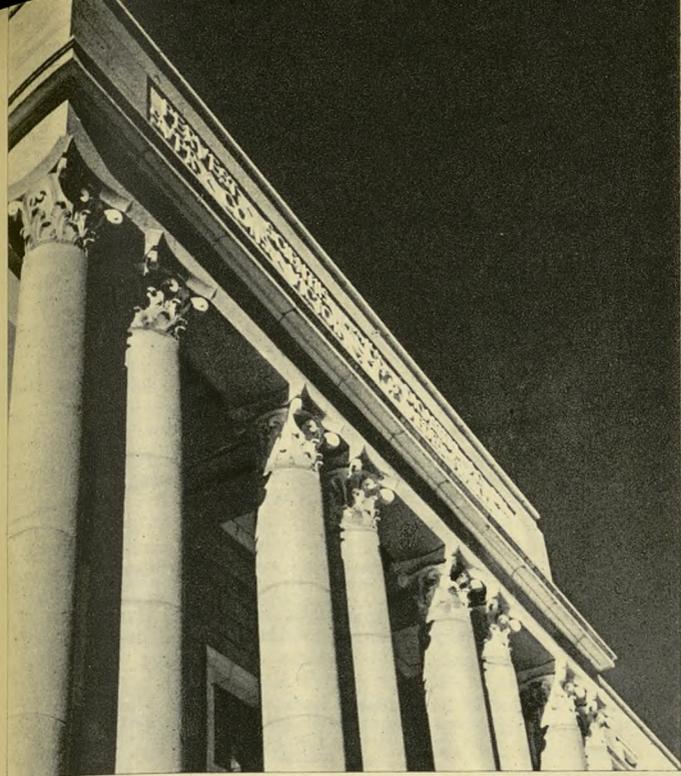


LA NVEVA

ARQVITECTVRA E S P A Ñ O L A

POR
CARLOS DE MIGUEL



El pueblo y la ciudad, el paisaje y la vía urbana constituyen la geografía estética y emocional de un país. Una geografía en constante movimiento, cuyo cambiable y flúido meridiano viene determinado por las sucesivas fases de los estilos arquitectónicos.

Un día, al otero castellano y a sus olmos antiguos le nace una casa. Otro día surge un cortijo en los campos de olivos y toros bravos. Y una masía al compás de coblas y sardanas.

Junto a la vieja piedra teresiana se levanta el cemento de los nuevos tiempos. Y al lado de la curva gótica de una catedral, la rígida, impersonal y estandarizada línea de un grupo de viviendas en serie.

Año tras año, la geografía estética de una nación se transforma y se modifica. Y así como el idioma necesita la rigurosa vigilancia académica para que no se convierta en argot sin alma ni origen, también el lenguaje arquitectónico—tan elocuente y definidor como la más expresiva palabra—precisa de cuidados y atenciones dirigidas a la conservación, limpieza y enriquecimiento de una fisonomía plástica que entra directamente de los ojos al corazón.

El lápiz del arquitecto es el responsable de que el rostro de un país no sufra adulteraciones y enmiendas negativas. Difícil y dura misión la suya. Lo artístico y lo utilitario, lo financiero y lo ideal, la vocación y el oficio, se enroscan en sus pinceles y establecen entre sí una violenta y fecunda lucha. Del fruto de ella, las ciudades y los pueblos, los paisajes y las vías urbanas van alimentando la metamorfosis vital de su existencia.

Antes del tajante y decisivo abismo que en 1936 se abrió para el destino de España, se mezclaban en la calle opiniones, diálogos de pistola y clamores irreconciliables. También se mezclaban arquitecturas. Eran tiempos desorbitados y turbios, en que se atropellaban, en confuso desorden, ideas, caminos e influencias entrecruzadas. Después, cuando los fusiles pusieron el punto definitivo al más heroico capítulo de nuestra historia contemporánea, tenía que venir lógicamente un examen profundo de motivos y circunstancias, de actividades y facetas que habían ido formando insensiblemente el complejo clima determinante de aquella caótica situación.

Fué necesario, en fin, perfilar de nuevo la vida española en todas sus formas, desde las políticas a las filosóficas, desde las económicas a las estéticas. Y advino entonces el momento oportuno para que los arquitectos españoles se lanzaran, con rara y completa unanimidad, a una revisión del estilo imperante en los años anteriores e inmediatos a 1936.

Arriba: Fachada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Abajo: A la derecha: Vista general de los edificios que integran el citado Consejo, obra de los arquitectos Ricardo Fernández Vallespín y Miguel Fisac.





En esta página: Fachada y vista general de uno de los más modernos y representativos edificios de la arquitectura española.

En la siguiente página, arriba: Vista general del Club de «Golf» de Puerta Hierro, en Madrid.—Abajo, a la izquierda: Edificio urbano construido recientemente en Madrid por el arquitecto D. Luis Gutiérrez Soto

En la siguiente página, a la derecha: Dos vistas exteriores del citado Club de «Golf» de Puerta Hierro, y un aspecto interior del mismo.



Pronto decidieron, con certera y oportuna visión, abandonar lo que hasta entonces se llamaba arquitectura funcionalista, que, por cierto, había marcado con las huellas de un carácter amorfo—desde un punto de vista general—las viejas ciudades y pueblos de España.

En lugar de aquella manera de construir arquitectura dentro de unas normas frías, extrañas y claramente marchitas, buscaron el entronque con lo más explícitamente español, lo que pudiera reflejar de un modo actual la época de mayor esplendor político. La del reinado de Felipe II, que coincidió precisamente con la figura máxima de la arquitectura: el famoso Juan de Herrera.

El rey Felipe II y Herrera van unidos, bajo el cielo de El Escorial, en esa geometría azul y eterna que forman las torres del monasterio de San Lorenzo monumento inmovible y fabuloso, que, a través de las sucesivas tendencias del arte y en parangón no superado con los de mayores proporciones de las edades modernas, es, sin disputa, la más noble piedra creada por el genio español.

En el transcurso del tiempo, este tipo de arquitectura fué renaciendo con impresionante fuerza interior. Como también sobreviven las obras de las otras dos figuras que acompañan a Herrera en su gloria: los maestros del siglo XVII, Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva, seguidos en la centuria sucesiva por una serie de correctos y, a veces, muy notables arquitectos.

Pero la obra serena y limpia de estos ilustres artistas resultó eclipsada al cabo de los años por el dominio temporal de ciertos decorativismos extranjeros, los cuales, a su vez, fueron barridos por el huracán funcionalista, iniciado y esparcido sobre Europa allá por el año 1925.

La difícil y gallarda independencia que Franco supo parar a España durante los seis penosos años de contienda mundial permitió una auténtica reconstrucción del país, que tuvo su natural consecuencia en el ramo arquitectónico con un vivo ritmo de edificaciones, extendidas hacia todos los puntos cardinales de nuestro mapa. Aquella labor, contemplada en conjunto, representó un volumen extraordinario de nuevas obras, logradas en el preciso instante en que Europa, casi de punta a punta, se derrumbaba incontinentemente bajo el dramático vendaval de la trilita.

Aquella inmensa labor, realizada calladamente dentro del solar hispano—como a puerta cerrada—, aun tuvo que prolongarse bajo la misma cifra de digno aislamiento, cuando, finalizada la universal contienda, hubieron de producirse determinadas gesticulaciones políticas que, en verdad, perseguían descaradamente la total parálisis de España.

En ese tiempo, y ya hasta los días presentes, se reafirmó en nuestros arquitectos aquel espontáneo impulso de seguir una doctrina propia y unas normas tradicionales que, sin desdeñar los adelantos técnicos y utilitarios, conservasen siempre un carácter genuinamente español—al menos, en su sentido formal—en la composición artística de las actuales edificaciones que se han hecho realidad sobre suelo nacional.

Sincronizados de nuevo plenamente nuestros técnicos a la corriente libre de ideas entre todos los países, cuando las circunstancias políticas lo consintieron, llegó el momento de contrastar tendencias ajenas y propias. Y nuestra satisfacción se manifestó sin reserva alguna al comprobar el renacimiento vigoroso de una tendencia arquitectónica peculiar, cuya recia tradición no estaba agotada, sino que, por el contrario, se adaptaba a todos los planteamientos modernos y, singularmente, venía a significar una postura rotunda, sólida y definida frente a las indecisiones y vaguedades estéticas dimanadas de un ambiente de inquietud universal, cuya problemática e insegura paz ejercía un influjo descentralizador sobre los espíritus y las ideas, retrasando el advenimiento de una corriente nueva, típica y genuina de la postguerra.

Cuando en 1948 se celebró el Congreso interamericano de Arquitectura de Lima, asistió una representación de archi-

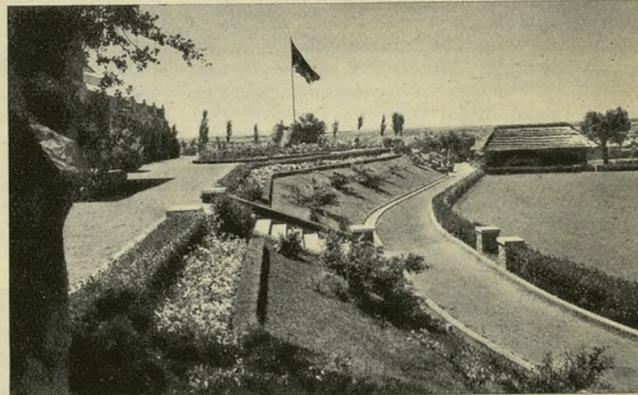
lectos españoles. Allí tuvieron ocasión de conocer las corrientes dominantes en América del Sur, que, en cierto modo, se sienten ahora tardíamente influida por el envejecido y trasnochado afán del funcionalismo.

Los proyectos presentados por nuestros profesionales les parecían a los congresistas hispanoamericanos como desplazados en el tiempo, cuando la realidad es que, en función de aquél, la arquitectura en España ha presenciado ya el desgaste de la manera que hoy priva en las latitudes ultramarinas, la cual, cuando desaparece la novedad, tiene muy limitado el libre juego de la fantasía y coarta en exceso la gracia de las expresiones locales, tan bellas y lógicas, en cada lugar con tradición aprovechable y paisajes concretos que reclaman una correspondencia folklórica y telúrica en la mano creadora del hombre.

Es de prever que en las jóvenes naciones del otro lado del Atlántico prenda con fuerza el estilo funcionalista y conserve durante cierto período de tiempo una duradera vigencia. Primero, por mimetismo continental, que siempre determinará una mayor sugestión hacia la arquitectura vertical neoyorquina que por las circunstancias materiales de nuestros días representa el modelo ideal para las aglomeraciones urbanas. Y después, porque en Hispanoamérica las raíces arquitectónicas son escasas y difíciles de incorporar a la construcción de edificios actuales.

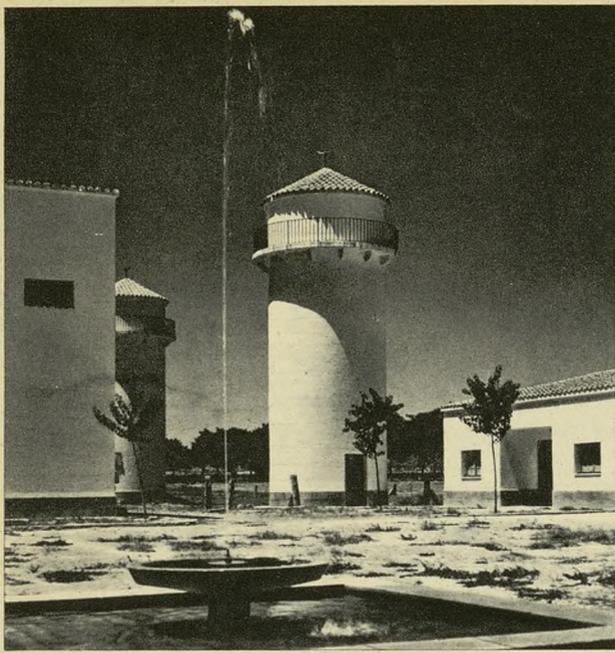
Otra razón que unir a las básicas apuntadas es el paso y la residencia en aquellos países de muchos arquitectos centro-europeos, que buscaron el camino de la emigración hacia climas tranquilos y prósperos, empujados por la tormenta de la guerra y de las persecuciones políticas o de raza, y que, sin duda ninguna, están difundiendo las tendencias arquitectónicas triunfantes años atrás en el corazón del viejo continente.

De esta forma, los especialistas producto de esta emigración—encastillados en las ideas profesionales que dejaron

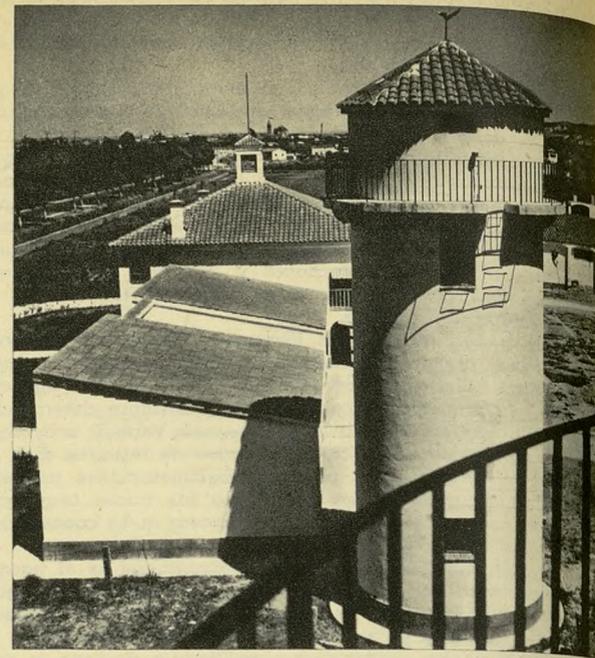


en sus tierras de origen—han cooperado a la exaltación actual del funcionalismo, que en estos primeros brotes de deslumbrante novedad provoca el espejismo y la engañosa apariencia de constituir el único estilo lógico y natural que responda al legítimo reflejo de nuestra época.

Estas creaciones, que ahora producen en América ofuscadores efectos, han pasado de sazón en el emisferio europeo y desde hace tiempo pesan en nosotros con inevitable fatiga. En España, concretamente, «padecemos» este furioso ataque funcionalista por espacio de tres o cuatro lustros y han quedado en nuestras urbes muestras suficientemente expresivas de tal tipo de arquitectura, que contrastan de manera violenta con el carácter y el color local de nuestra fisonomía típica.



Moderno silo agrícola.—En el centro: Iglesia del Espíritu Santo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid.



Otro aspecto del moderno silo construido en una finca agrícola española.—Abajo: Vista del hipódromo de la Zarzuela en Madrid.

Con las hojas del almanaque desprendidas inexorablemente de la película del tiempo, fueron cayendo también al fondo del olvido modas y modos, estilos y maneras.

Sobre los tableros de los arquitectos españoles pasaron también las nubes del funcionalismo. Impulsadas por el viento de una nueva meteorología estética, se van alejando de nuestro horizonte arquitectónico. Nobles y elásticas formas de un creacionismo hispano en el área de la edificación se conjugan con las máximas posibilidades técnicas para acoplarse a conjuntos en los que juegan razones superiores de composición, donaire y armonía.

Nuestra arquitectura ha cubierto con ánimo esforzado y singular fortuna la primera década de su renacimiento. En el período que va desde 1939 a 1949, ha seguido sin ti-

terminos antagónicos, ni mucho menos, han quedado fundidos en un prometedor concepto artístico. Por el campo y las ciudades se extiende la nueva geografía arquitectónica española, en la que alienta el insobornable espíritu de la raza que brota de doradas edades. Con el aire creador de los pinceles estéticos advienen también a colaborar en este neofloreamiento de la arquitectura hispana los viejos oficios y las nobles labores artesanas, que dieron gracia y alegría a nuestras construcciones.

C A R L O S D E M I G U E L

